

## UN LIBRO DEL SIGLO XVIII SOBRE COSTUMBRES DE LOS ISRAELITAS EN LA BIBLIOTECA DIOCESANA DE JAÉN

MARÍA ANTONIA BEL BRAVO  
*Universidad de Jaén*

RESUMEN: En este artículo se analiza un libro del siglo XVIII sobre costumbres de los israelitas. Se destaca la erudición de su autor y su preocupación -muy actual- por los aspectos de la vida cotidiana del pueblo judío.

SUMMARY: In this article we analyse an eighteenth-century book about the customs of the Israelites. We emphasize the author's erudition and his -quite modern- worry about the daily-life aspects of the Jewish people.

### EL AUTOR

El abad Claudio Fleury (1640-1723) fue, según el prologuista de la obra que estudiamos, "uno de los hombres más piadosos y más sabios que ha tenido Francia"<sup>1</sup>. Al parecer se trataba de un hombre instruído, no sólo en los temas relativos a la Teología, sino en materias como las "bellas o humanas letras" y la jurisprudencia. Ejerció la abogacía en el Parlamento de París. Pero, si bien estas ciencias ocuparon gran parte de su juventud, llegó un momento en que "a imitación de muchos santos, huyendo de los peligros, y aspirando a la mayor perfección, dejó aquel ejercicio tumultuoso, y se entregó enteramente al estudio de la Ciencia Sagrada"<sup>2</sup>. Se ordenó sacerdote y poco después Luis XIV lo nombró preceptor de los príncipes de Conti y, posteriormente, del que sería Felipe V de España. Desde 1716 y hasta su muerte en 1723 también fue confesor de Luis XV.

Entre sus obras sobresale el *Cathecismo histórico* y la *Historia eclesiástica*. Esta última tuvo un poderoso detractor en el cardenal Orsi, quien opinaba que el abad Fleury se había limitado a traducir al francés textos latinos y griegos, cosa que el autor mismo señala en su prólogo, pero que, como también señala, no ha

---

1. Josef Climent, obispo de Barcelona, pag. II del Prólogo.

2. Ibid., pag. II.

sido lo único que ha hecho puesto que no basta acercarse a las fuentes sino que es preciso hacerlo críticamente. "Es verdad que Fleury no añade de suyo epítetos ni sentencias; pero no omite los que halla en los autores originales, con cuyos testimonios y palabras califica los hechos, alaba a unos y vitupera a otros según lo merecen. Ni refiere los bienes y males de la Iglesia con indiferencia, sino que explica y comueve los afectos de alegría y tristeza que corresponden"<sup>3</sup>.

El abad reconoce allí mismo, que los mayores autores de la Historia profana no se contentaron con referir los viajes, batallas, conquistas, muertes y nacimientos de los príncipes, sino que explicaron sus designios, sus consejos y sus máximas; siendo esta parte la que más aprovecha y agrada a los hombres de juicio. Y luego declara que los historiadores de la Iglesia, o de la Religión deben observar este método y no contentarse con referir las muertes y elecciones de los Papas y Obispos, los milagros, los suplicios de los Mártires y las austeridades de los Monjes. Asimismo confiesa que los historiadores deben juntar todas las circunstancias de los hechos más importantes para ponerlos delante de los ojos, de modo que sus pinturas hieran vivamente su imaginación, y se impriman en la memoria, teniendo al entendimiento por largo tiempo gustosamente ocupado en la contemplación de un mismo objeto; cuya falta, dice, "es la principal causa de que muchas historias sean secas y fastidiosas".

#### MÁS SOBRE LA HISTORIA SEGÚN FLEURY

En fin, todos los vicios o defectos que algunos, entre ellos el cardenal Orsi, notan en la *Historia* de Fleury, se reducen a uno, que es el de no haber imitado a Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco, Salustio, Livio, etc.; pero como el autor se propuso imitar, según el mismo declara, y perfectamente imitó a Moisés y a Samuel, nos parece en esta parte más digno de elogio que de censura.

De su *Historia eclesiástica* extrajo Fleury sus *Historia de las costumbres de los cristianos* e *Historia de las costumbres de los israelitas*, obras que, como bien señala su prologuista, son la quintaesencia de aquella. "No podemos los cristianos mirar las cosas de los israelitas con la indiferencia que las de otras naciones; viendo que Dios escogió a aquel Pueblo para que conservara la Religión, hasta la predicación del Evangelio. Sus ceremonias y sacrificios fueron figuras de nuestros adorables misterios; y su fe, como advierte el abad Fleury, hablando de su religión, era la misma que la nuestra. Las verdades, que los israelitas

---

3. Ibid., pag. VII.

creyeron, creemos nosotros, como reveladas a los Sagrados Escritores de los libros del viejo Testamento; bien que algunas verdades, que nosotros creemos con fe explícita, no las alcanzaron todos los israelitas, porque no están tan manifiestas y claras en el Antiguo, como lo están en el Nuevo Testamento"<sup>4</sup>.

Además de esto, señala el autor, nadie puede ignorar que la Iglesia israelítica o judaica es una misma con la cristiana, la cual "está unida con aquella por la piedra angular Christo Señor nuestro y fabricada sobre el fundamento de los Profetas y Apóstoles", de suerte que no nos podemos formar una perfecta idea de nuestra religión sin tener alguna noticia de la Iglesia y Pueblo de Israel. Por eso, llega a decir el prologuista —con razón— que la obra de Fleury es un tratado proemial de la Escritura porque ayuda a entenderla mejor, desentrañando el sentido de cada uno de sus versículos paso a paso.

Por otra parte, el abad demuestra claramente en la obra —ése es al menos uno de sus objetivos, y a mi juicio lo logra— que la vida laboriosa de los israelitas es más conforme a la naturaleza y a la razón que la placentera y cómoda que llevan muchos cristianos de su época (se está refiriendo a Francia, obviamente, aunque se trate de una crítica extensible al mundo contemporáneo del autor): "El Pueblo que escogio Dios para conservar la verdadera Religión hasta la predicación del Evangelio es un excelente modelo de la vida humana, la más conforme a la naturaleza. Vemos en sus costumbres los modos más razonables de conservarse, de estar ocupados y de vivir en sociedad: de donde podemos aprender no solamente la Filosofía Moral, sino también la Economía y la Política"<sup>5</sup>.

Crítica el autor la mentalidad de su época que considera, por método, lo más antiguo siempre lo más imperfecto y lo más moderno lo mejor, señalando que hay cosas modernas que han empobrecido al hombre, mientras que por el contrario hay cosas tradicionales cuyo mantenimiento es necesario ya que, por enriquecer al hombre, continúan siendo importantes. Y en este sentido compara las costumbres de los israelitas con las de otros pueblos de la Antigüedad, que tanto se estimaban en su tiempo, hallando que aquellos tenían todo lo que había de bueno en estos últimos mientras que estaban libres de todos sus defectos. "Y que les llevaban la incomparable ventaja de saber a qué fin debe dirigirse toda la conducta de la vida, porque tenían el conocimiento de la verdadera Religión, que es el fundamento de la Filosofía Moral"<sup>6</sup>.

---

4. Ibid., pag. XIII.

5. Este texto pertenece ya al propio autor del libro, pag. 1.

6. Ibid., pag. 3.

Algo bien profundo es señalar, como hace el autor, que lo que verdaderamente desagrada a su época es lo que contraría las costumbres corruptas de esa sociedad, "porque una grande parte de la diferencia que se encuentra entre ellos y nosotros no proviene de que estemos más alumbrados por el Christianismo, sino de que tenemos menos razón. No es el Christianismo el que ha introducido esta grande desigualdad de condiciones, este desprecio del trabajo, este amor al juego..., etc"<sup>7</sup>. En este sentido, su crítica de la "pobreza ociosa" y de los males que acarrea el dinero es realmente acerba.

Por otro lado, se trata indudablemente de un hombre de su tiempo pues no solamente pretende hacer un panegírico más o menos pasional, sino una "Relación sencillísima, como la de los Viajeros que han visto tierras muy distantes"<sup>8</sup>. Es bien conocido el desarrollo que experimentaron los Libros de Viajes en el siglo XVIII<sup>9</sup> y cómo contribuyeron a diseñar la peculiar fisonomía del ilustrado: ironía y escepticismo relativista ante cualquier tipo de dogmatismo religioso. Sin embargo, el abad, aunque hombre de su época por el interés que le producen culturas y civilizaciones lejanas y exóticas, sigue pensando que lo bueno es bueno y lo malo, malo: su pensamiento no es relativista en ningún momento. Por eso, entre otras cosas, pide al lector que se libre de tópicos y prejuicios a la hora de leer su libro.

Son destacables y novedosas otras ideas que tiene sobre la historia, pues comenta que la diferencia entre la manera de vivir hoy los franceses y la que tenían hace ochocientos años, por ejemplo, es similar a la que existe entre turcos o indios y occidentales ahora mismo, por tanto no debe causar extrañeza que se encuentren un poco distintas las costumbres de los israelitas. Más bien habría que admirar las semejanzas. Fleury es un hombre positivo por antonomasia, que no ve contradicciones allí donde sólo hay contrastes.

Por otra parte, podríamos calificar a nuestro autor como un tanto spengleriano en su concepto de la historia por ciclos: "Las Naciones tienen sus edades a proporción como los hombres... Es preciso pues distinguir en cada pueblo sus principios, su mayor prosperidad y su declinación. Nosotros consideraremos de este modo a los Israelitas en toda la extensión del tiempo en que subsistieron, desde la vocación de Abraham hasta la última ruina de Jerusalem"<sup>10</sup>.

---

7. Ibid., pag. 4.

8. Ibid., pag.4.

9. Véase Paul Hazard: *El pensamiento europeo del siglo XVIII*. Madrid, 1946.

10. Fleury, C., *Op.Cit.*, pag. 6.

## EL LIBRO

Desde el punto de vista formal, se trata de un volumen de doscientas cincuenta y ocho páginas, de 18 por 13 cm., encuadernado en piel, editado en Barcelona en 1769 (segunda edición corregida) por Thomas Piferrer, impresor del Rey Nuestro Señor, Plaza del Angel; y traducido al castellano por Don Manuel Martínez Pingarrón, presbítero y bibliotecario de S.M.

Consta de un largo prólogo de cincuenta y tres páginas escrito por el entonces obispo de Barcelona, monseñor Climent, otro segundo prólogo de solo cinco páginas del traductor, donde señala los criterios que ha seguido en su traducción y las dificultades que ha tenido, sobre todo en lo que se refiere a equivalencias entre pesos y medidas franceses y españoles, y cómo lo ha solucionado, un índice detallado de cada capítulo y, por último, el texto completo de la obra.

En cuanto a su contenido, hay que decir que abarca un espacio de tiempo de más de dos mil años que el autor divide en tres partes, según los tres estados antes mencionados: la primera parte es la de los Patriarcas, la segunda la de los Israelitas (desde su salida de Egipto hasta la cautividad de Babilonia) y la tercera la de los Judíos (desde su vuelta de la cautividad hasta la predicación del Evangelio). Esta última es quizá la más conocida. El autor se apoya en textos de carácter tradicional, más bien políticos que de mentalidades como hace en el estudio de las dos primeras, por esa razón no me voy a detener en ella. Al finalizar cada una de estas partes hace el autor un pequeño resumen —impecable, a mi juicio— en el que, con muy pocas palabras, nos clausura el capítulo que acaba de desarrollar y nos introduce en el siguiente.

## PRIMERA PARTE: LOS PATRIARCAS

"Vivían los patriarcas<sup>11</sup> noblemente en una grande libertad, i grande abundancia: i con todo esso su vida era sencilla, i laboriosa. Abrahan sabia toda la serie de sus antepasados, i procuro conservar su nobleza casandose dentro de su familia."

Destaca el autor la importancia que los hebreos dan a permanecer al lado de sus padres y en definitiva la importancia que tiene la tradición para la sabiduría: "porque no era fácil mudar lo que habían establecido bien unos hombres" se transmitían las cosas por tradición y por eso considera el autor que no necesitaron

---

11. Transcribo el texto con las propias gráficas de su autor, sin modificar, actualizar o cambiar ninguna.

ponerlas por escrito hasta Moisés. "Además de esto los Patriarcas eran cuidadosos en conservar la memoria de los grandes sucesos, erigiendo altares, Pirámides i otros monumentos duraderos. Así Abrahan edificó altares en los diversos lugares donde Dios se le apareció. Jacob consagró la piedra que le sirvió de almohada durante el sueño misterioso de la Escala... Deste género era el sepulcro de Raquel..., etc."<sup>12</sup>.

Con respecto a los nombres de los patriarcas también resalta el abad Fleury que eran como una especie de monumentos más sencillos y familiares, queriendo señalar la peculiaridad de los nombres hebreos que siempre tienen una significación, en su caso (el de los patriarcas) significaban aquello que su nacimiento había tenido de singular, o algún favor recibido de Dios.. "y así era aquello como una Historia abreviada<sup>13</sup>; porque ellos cuidaban de explicar a sus hijos la razón de aquellos nombres, i no se podía siquiera nombrarlos sin refrescar su memoria".

Pasa después a señalar cómo su organización política —aún sin llamarse así pues ni siquiera podía hablarse de gobierno ni de rey—, era una organización perfecta, pues nada tenía que envidiar Abrahan de los monarcas de su tiempo: "hacia la guerra y la paz cuando quería y en cambio no estaba sujeto a "molestas ceremonias". Y con una gran sutileza señala nuestro autor que "la mayor diferencia consiste en que el (Abraham) no se hizo fuerte con murallas, como ellos (los reyes de su tiempo) i sus subditos le seguían a qualquiera parte donde quería sentar sus reales"<sup>14</sup>. Aún siendo aparentemente tan precario su poder, es llamativo ver lo poco que duran los reinos de alrededor y sus monarcas y, por el contrario, la larga duración del período patriarcal en la tierra de Israel.

Posteriormente se ocupa de analizar el capítulo 13 del Génesis, algo que, entre los historiadores actuales, está en la cresta de la ola: la vida cotidiana, trataremos de ello en profundidad un poco más adelante. Y así, habla de sus bienes y ocupaciones ordinarias y del sentido profundo que tienen éstas aunque no olvida que las características de la tierra palestina (seca y árida) les marcaron de alguna manera esas ocupaciones: fundamentalmente el cuidado de sus ganados, pues "por inocente que sea la agricultura, la vida pastoril es más perfecta"<sup>15</sup>. Se puede notar aquí una reminiscencia de esa vida errante —en busca de la verdadera patria— que es la vida del hombre en la tierra, a la espera del cielo prometido.

12. Ibid., pag. 9. Cf. Gen. 26, 18.

13. Ibid., pag. 9.

14. Ibid., pag. 10. Cf. Gen. 14.

15. Pag. 12 de *Las costumbres...*

Pero, en cualquier caso, lo que hay es una reacción contra la civilización sedentaria de Canaán, con todos sus riesgos de perversión moral y religiosa<sup>16</sup>.

Al comentar la riqueza de Abraham señala que debía ser cuantiosa por muchos datos, pero además apunta que ya debía existir la moneda entre ellos pues el mismo compró su sepulcro<sup>17</sup>; más bien se debe tratar de una transacción con metal precioso que era lo que se utilizaba habitualmente para la compraventa de terrenos<sup>18</sup>. Su modo de vida nómada y errático lo atribuye nuestro autor a la creencia de estos israelitas en la vida como un estado pasajero, y siempre a la espera de ese otro mundo prometido por Dios. De esta forma, señala que las primeras ciudades las edificaron "malvados como Caín y Nembroth. Estos fueron los primeros que se encerraron, i fortificaron por huir del castigo de sus delitos, i para cometer de este modo otros nuevos a su salvo"<sup>19</sup>.

"En lo que toca a los alimentos, i demas cosas necesarias para la vida, los Patriarcas de ningun modo eran delicados. Las lentejas que tenia guisadas Jacob, i que tentaron tan fuertemente a Esau, nos sirven para poder juzgar de sus comidas ordinarias: aunque tenemos el egemplo de una comida esplendida, en la que dio Abraham a los tres Angeles. El les sirvió una ternera, pan reciente, i cocido debajo de la ceniza, manteca, i leche."<sup>20</sup>. Y así, continua enumerando todas y cada una de las comidas que aparecen en el Génesis. Su conocimiento de Homero le lleva a comparar a los hebreos con los personajes de *La Odisea* en el terreno de las comidas y de la fortaleza física.

La hospitalidad tan característica en las sociedades antiguas tiene una gran importancia entre los hebreos y así comenta el autor que aunque Abraham fuera tan importante y tuviera riquezas y esclavos, el deber de la hospitalidad no lo descuidaba nunca<sup>21</sup>. El huésped es sagrado: recibirle es un honor por el que se rivaliza. Abraham recibe espléndidamente a los tres "hombres" en Mambré<sup>22</sup>. Labán se apresura a acoger al servidor de Abraham<sup>23</sup>. Señala De Vaux<sup>24</sup> cómo dos relatos, el de los ángeles recibidos por Lot en Sodoma<sup>25</sup>, y el del crimen de

16. Cf. De Vaux, R. *Instituciones del Antiguo Testamento*. Barcelona, Herder, 1976, pag. 13.

17. Cf. Gen. 23,14s.

18. Cf. R. de Vaux: *Op.Cit.*, pag. 232 y ss.

19. Pag. 12. de *Las costumbres...*

20. *Ibid.*, pag. 14.

21. Cf. Gen. 18.

22. Gen. 18, 1-8.

23. Gen. 24, 28-32.

24. *Op.Cit.*, pag. 33.

25. Gen. 19, 1-8.

Guibeá<sup>26</sup>, muestran hasta qué extremos podía llegar el sentimiento de hospitalidad. Lot y el anciano de Guibeá están dispuestos a sacrificar la honra de sus hijas por la salvaguardia de sus huéspedes, y se da la razón de ello: es sólo porque éstos han entrado bajo sus techos<sup>27</sup>. Al hablar, por último, de la muerte de los patriarcas señala la aparición de los médicos en la Biblia, cuando José manda que se embalsame el cuerpo de su padre. Aunque deja muy claro que es un arte fundamentalmente egipcio.

Apunta asimismo el autor cómo, viviendo en un mundo que, en general, no respetaba la monogamia ni la continencia, los patriarcas supieron serlo, aunque por necesidades de descendencia en algún caso tomaran esclavas, pero no deja de ser llamativa la fidelidad de Abrahán a Sara, la de Isaac a Rebeca y la de Jacob a Raquel. En todo caso, los patriarcas siguen las costumbres de su ambiente. Según el código de Hammurabi, hacia el 1700 antes de nuestra era, el marido no puede tomar otra esposa sino en caso de esterilidad de la primera. E incluso se ve privado de este derecho si su esposa le proporciona una concubina esclava<sup>28</sup>. En todos los casos se observa una monogamia relativa: no hay nunca sino una sola esposa titular, aunque Jacob sea la excepción, pues toma como esposas a las dos hermanas Lia y Raquel, y cada una de ellas le da su esclava<sup>29</sup>.

Y hasta aquí el estudio de la primera parte: la historia de los Patriarcas. Comienza ahora la de los israelitas o período comprendido entre la salida de Egipto y la cautividad de Babilonia, el más extenso (novecientos años) y al que se refieren la mayoría de los libros sagrados, como bien señala el autor.

## SEGUNDA PARTE: LOS ISRAELITAS

Comenta el autor, en primer lugar, la división del pueblo en doce tribus o familias, unidas por el vínculo de la sangre y preocupadas de "no emparentarse con las naciones malditas descendientes de Canaan"<sup>30</sup>, destacando cómo este tema no es importante entre los patriarcas. Sin embargo, una vez recuperada la tierra de Israel, empieza a cuidarse la pureza del linaje. Era costumbre casarse con una pariente: herencia de la vida tribal. El padre de Sansón lamenta que éste no tome por mujer a una muchacha de su clan<sup>31</sup>. Tobit aconseja a su hijo que

---

26. Jue. 19, 16-24.

27. Gen. 19, 16-24 y Jue. 19, 23.

28. De Vaux, *Op. Cit.*, pag. 55.

29. Gen. 29, 15-30; 30, 1-9.

30. *Costumbres de los israelitas...*, pag.19.

31. Jue. 14,3.



escoja mujer dentro de su tribu<sup>32</sup>. Los matrimonios entre primos hermanos eran frecuentes, pero había también matrimonios fuera de la parentela, e incluso matrimonios con mujeres extranjeras: las dos nueras de Noemí son moabitas<sup>33</sup>. David tiene entre sus mujeres una calebita y una aramea<sup>34</sup>, etc. Estas alianzas desiguales que la política aconsejaba a los reyes, se habían hecho frecuentes entre los particulares al poco de su instalación en Canaán<sup>35</sup> y no sólo eran un atentado contra la pureza de la sangre, sino que incluso ponían en peligro la fe religiosa<sup>36</sup> y estaban prohibidas por la ley<sup>37</sup>, como muy bien señala nuestro autor.

En este segundo período, con respecto al número de esposas, desaparecen las antiguas restricciones. Gedeón tenía "muchas mujeres" y, por lo menos una concubina<sup>38</sup>. La bigamia es reconocida como un hecho legal<sup>39</sup> y los reyes tenían un harén, a veces numeroso<sup>40</sup>. Parece ser que entonces no había límites. Mucho más tarde, y en forma completamente teórica, el Talmud fijará el número de cuatro para un particular, y de dieciocho para un rey.

Como la Biblia no da ningún informe acerca de la edad en que se casaban las muchachas, tampoco nuestro autor lo hace, aunque aventura que se casarían jóvenes, como se ha hecho durante mucho tiempo y sigue haciéndose en Oriente, y lo mismo debía de suceder con los muchachos<sup>41</sup>. Más tarde los rabinos fijarían la edad mínima del matrimonio para las muchachas a los doce años cumplidos, y los trece para los muchachos. En tales circunstancias se comprende que la intervención de los padres sea decisiva para la conclusión del matrimonio. No se consulta a los futuros cónyuges. No obstante, según señala De Vaux<sup>42</sup>, esa autoridad de los padres no era tal que no dejase lugar en absoluto a los sentimientos de los jóvenes. Había también en Israel matrimonios decididos libremente<sup>43</sup>.

---

32. Tob. 4,12.

33. Rut, 1,4.

34. 2Sam. 3,3.

35. Jue. 3,6.

36. 1Re. 11,4.

37. Ex. 34, 15-16.

38. Jue. 8,30-31.

39. Dt. 21, 15-17.

40. Cf. De Vaux, *Op. Cit.*, pag. 56.

41. Se puede calcular por los libros de los Reyes que ordinariamente dan la edad de cada rey de Judá.

42. Pag. 63 de *Op. Cit.*

43. ISam, 18-20.

También se detiene nuestro autor en describir la boda. Es interesante observar que en Israel, como en Mesopotamia, el matrimonio es un asunto puramente civil y no es sancionado por ningún acto religioso. Es cierto que Malaquías llama a la esposa "la mujer de tu alianza"<sup>44</sup>, *berit*, y que con frecuencia *berit* se dice de un pacto religioso, pero aquí el pacto no es sino el contrato de matrimonio<sup>45</sup>. El matrimonio era ocasión de esparcimiento que el autor describe prolijamente con su habitual afición a las cosas pequeñas de la vida cotidiana.

Con referencia a las ocupaciones y oficios de los israelitas realiza nuestro autor una defensa a ultranza de las actividades agrarias y pastoriles como las más apropiadas a la naturaleza del hombre, a diferencia de los hombres de su época que sitúan en último lugar de la escala social a los que se dedican a este tipo de actividades, abundando una vez más en la opinión antes señalada de que esto se debe al grado de corrupción que han alcanzado que les impide distinguir dónde está la salud y dónde la enfermedad. "Es mucho más honesto arar o guardar ganado que jugar i pasearse toda la vida"<sup>46</sup>, y es, sin duda, síntoma de grandeza y nobleza apreciar estas profesiones.

Hay una ignorancia total en lo que se refiere a la fertilidad de la tierra, repitiendo nuestro autor el tópico de la "tierra que mana leche y miel" y desconociendo totalmente la árida realidad de la tierra Palestina, aunque ésta la atribuye Fleury al descuido con que los turcos han tratado siempre las provincias que conquistan. Por otra parte, la sitúa muy bien en longitud y latitud meridianas, así como sus límites, lo cual denota una buena documentación geográfica.

Señala De Vaux<sup>47</sup> que los israelitas comenzaron muy tarde a dedicarse a los negocios, en lo que coincide con el abad Fleury que cuando habla del dinero dice: "El dinero de contado no debía ser mui comun entre los israelitas, no tenia mucho uso en un país donde se podía enagenar mui poco de los bienes inmuebles, ni empeñarse; en donde era mui corto el tráfico. La usura estava prohibida entre los mismos, i permitida con los estrangeros, pero era cosa dificultosa segun la Lei el tener comercio con los de afuera. I assi sus haciendas como he dicho, consistian principalmente en tierras i ganados"<sup>48</sup>. Si que señala un poco más

44. Mal., 2-14.

45. En Prov., 2-17 se llama al matrimonio "la alianza de Dios" y en la alegoría de Ez., 16,8 la alianza del Sinaí viene a ser el contrato de matrimonio entre Yaveh e Israel. Todas estas citas son conocidas y manejadas por Fleury.

46. Cf. pag. 26 de la obra que estudiamos.

47. Op.Cit., pag. 121.

48. Pag. 44 de la obra que estudiamos.

adelante que había entre ellos excelentes artífices: "ellos sabían fundir i labrar los metales, sabían cortar y gravar las piedras preciosas, ellos eran ensambladores, tapiceros, bordadores i perfumeros"<sup>49</sup> El Antiguo Testamento menciona muchos gremios de artesanos: molineros, panaderos, tejedores, barberos, alfareros, bataneros, cerrajeros, joyeros, etc. Dice en otro momento: "Yo encuentro en la Genealogía de la Tribu de Judá un lugar llamado el Valle de los Artífices, porque dice la Escritura que los había en él. Tambien veo que había allí una Familia, que toda ella trabajaba en hilar lino delgado; i otra que eran alfareros, que trabajaban para el Rei i vivían en sus jardines. Todo esto nos demuestra la estimacion que se hacia de las Artes, i el cuidado que se ponía en conservar la memoria de los que se aplicavan a ellas. Entre las amenazas del Profeta Isaías contra Gerusalem<sup>50</sup>, en una le predice que Dios le quitará los instruidos en las Artes".

Después de describir con bastante prolijidad sus oficios, acompañados siempre de la correspondiente cita de la Sagrada Escritura al margen, pasa nuestro autor a ocuparse de otros aspectos de la vida cotidiana que, como ya señalabámos más arriba, son absolutamente extraños a la historia que se escribía entonces, y están de rabiosa actualidad entre los historiadores de nuestros días: "sus vestidos, sus habitaciones, sus muebles, su alimento, i todo su modo de vivir"<sup>51</sup>.

Desde los años sesenta principalmente, los historiadores occidentales han penetrado con sus estudios en campos hasta entonces inusuales o que eran propios de especialistas en otros saberes: la historia de la infancia, la de la sexualidad, la familia, la historia de la casa como habitat familiar, etc. Esos asuntos que, con pocas excepciones, *no caben* en las síntesis habituales de historia, tanto en las locales como en las regionales, nacionales, internacionales o universales. Como ese desenvolvimiento temático de la historiografía de los años sesenta en adelante no es una mera frivolidad sino algo substantivo, me ha llamado poderosamente la atención el libro que tenemos entre manos, pues aunque sus métodos son en algunos momentos, digamos que, escasamente científicos (exageraciones en las cifras, etc), es verdad que sus preocupaciones historiográficas enlazan íntimamente con las de hoy.

---

49. Cita de nuestro autor basada en Ex. 31,4.

50. Is. 3,3.

51. Pag. 51 y ss. de la obra de Fleury.